

¿QUÉ SALVACIÓN ANUNCIAMOS?

La noción de salvación: necesidad, experiencia
y anuncio como buena noticia

GONZALO DE LA MORENA

Pontificia Università della Santa Croce, Roma

RESUMEN: ¿Qué es la salvación y por qué es una buena noticia? Quien quiera evangelizar hoy debe ser capaz de responder con convicción y concreción, mostrando su significado en la vida común y corriente. Con este horizonte, ofrecemos una sencilla reflexión sobre la noción cristiana de salvación, su necesidad universal y su accesibilidad a la experiencia. Tras este breve recorrido, el anuncio de la salvación quedará fácilmente caracterizado como “buena noticia”, reconocible en los aspectos más concretos de la experiencia humana.

PALABRAS CLAVE: Salvación, Evangelización, Cristología, Soteriología, Necesidad de salvación, Experiencia, Anuncio.

ABSTRACT: What is salvation and why is it good news? Anyone who wants to evangelise today must be able to answer these questions with conviction and concreteness, showing its meaning in ordinary life. With this goal in mind, we will briefly describe the Christian notion of salvation, its universal necessity and its accessibility to experience. After this exploration, the message of salvation will be easily characterized as “good news”, recognizable in the most concrete aspects of human experience.

KEYWORDS: Salvation, Evangelization, Christology, Soteriology, Need for salvation, Experience, Message of salvation.

SUMMARY: I. *Hacia la noción cristiana de salvación*. II. *Necesidad y deseo de salvación*. 1. La condición de miseria hoy. 2. Los deseos de plenitud. III. *La experiencia de la salvación*. IV. *Una buena noticia, excedente e imprevisible*.

¿Qué ofrece Cristo al hombre? Desde su inicio, la Iglesia ha expresado su propuesta con la noción de *salvación*¹, pero en nuestro tiempo, podría parecer que ya no hay demanda para tal oferta. El mensaje cristiano anuncia la salvación; ahora bien, ¿en qué piensan actualmente los que hablan o escuchan cuando se invoca este término?

Hoy esta noción parece haber perdido su potencia existencial y religiosa. A nuestro alrededor, se diría que los únicos interesados en “luchar por la salvación” son los equipos de la parte baja de la tabla. Fuera de los campos deportivos, “buscar la salvación” podría sonar tan actual como una llamada a las cruzadas. En ámbito coloquial, “se salva” quien consigue huir de un accidente, una calamidad o un peligro mortal. Por extensión al contexto religioso, “conseguir la salvación” podría reducirse a evitar la tragedia definitiva, un destino fatal en las llamas del infierno. Esta es una parte importante y significativa de la noción de salvación. Pero, ¿es este el único modo de entenderla? Así, a la falta de contenido de la noción, se le añaden todas las dificultades teológicas y culturales que conlleva el discurso sobre el infierno. En principio, la llamada a la salvación debería suscitar interés y, sin embargo, parece más bien generar indiferencia para algunos o incomodidad e incluso rubor para otros. Ante este contexto, hemos de preguntarnos: ¿qué salvación anunciamos? ¿Por qué es en verdad una buena noticia y en qué consiste su bondad? Quien quiera evangelizar debería ser capaz de responder a estas preguntas con relativa facilidad, ilustrando su significado concreto en su vida común y corriente.² Para ello, la teología puede ofrecer

¹ El Nuevo Testamento describe el mensaje cristiano como «la palabra de salvación» (Hechos 13,16), «el evangelio de nuestra salvación» (Ef 1,13), «el camino de la salvación» (Hechos 16,17); el anuncio del evangelio es «fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree» (Rom 1, 16). El cristianismo primitivo entendió que “Salvador”, como nombre propio de Jesús, es también uno de los distintivos esenciales de la fe cristológica, sintetizada en el acrónimo griego para «Jesús Cristo Hijo de Dios Salvador», *ichthys* (pez). El credo niceno afirma que el Hijo de Dios se hizo hombre «por nosotros y por nuestra salvación». En definitiva, la Iglesia, desde su mismo inicio, ha expresado la tarea de Cristo y la suya propia en términos de *salvación*.

² Tomamos estas preguntas, punto de partida de este artículo, del reto lanzado por G. URIBARRI BILBAO, *La Mística de Jesús. Desafío y propuesta*, Sal Terrae, Santander 2017, 56.

un discurso razonable y accesible que muestre el contenido genuino de la noción cristiana de salvación. Este artículo quiere ser un modesto paso en esta dirección. Necesitamos volver a comprender y presentar la noción de salvación haciendo justicia a su relevancia vital. Con este horizonte, comenzaremos por observar someramente el sentido etimológico y bíblico del término.

I. HACIA LA NOCIÓN CRISTIANA DE SALVACIÓN

El vocablo latino *salvatio* designa la acción de *salvare* o *salvum facere*, es decir, hacer que alguien sea *salvus*: «sano, íntegro, incólume, vivo, existente». ³El término griego equivalente es *sotería* (σωτηρία) y el hebreo *yeshúa*, de la raíz *יָשַׁע*, que significa ayudar, liberar, sacar a alguien del peligro; parece hacer referencia visual a la apertura de un camino que facilita una escapatoria. ⁴ En cualquier caso, se trata de una acción en la cual el agente beneficia de un modo decisivo y vital al que la recibe.

La literatura bíblica tiende a ser concreta y rica en historias e imágenes. También lo es al presentar la acción de Dios a favor de su gente, inicialmente descrita en dos grandes ámbitos: la enfermedad y la esclavitud. ⁵ En el primer contexto, la salvación consiste en la conservación íntegra de la vida cuando ésta se ve amenazada o maltrecha. Dios, en cuanto fuente de la vida, es capaz de sanar; por ello, el salmista gime por su salud confiando en la potencia divina. ⁶ Obviamente, esta salvación implorada, la salud, es terrena e individual. En el segundo ámbito, la salvación tiene un marcado carácter social y sigue siendo inmanente a nuestra historia. La narración salvífica por excelencia es la liberación de Israel de la esclavitud en Egipto. Se trata de una historia paradigmática porque funda la identidad de Israel y de su Dios, YHWH; en lo

³ Cfr. *Salvus*, en A. FORCELLINI, I. FURLANETTO, F. CORRADINI ET AL., *Lexicon Totius Latinitatis*, Tip. Sem. Padua 1940, 210: «salvus idem est ac vivus et sanus, incolumis, integer, conservatus».

⁴ Cfr. L. ALONSO SCHÖKEL, M. ZAPPELLA, G. L. PRATO, *Dizionario di ebraico biblico*, San Paolo, Cimisello Balsamo 2013, 370.

⁵ En esto seguimos «las dos grandes imágenes bíblicas de la salvación», en el estudio de B. SESBOÛÉ, *Jesucristo, el único mediador: ensayo sobre la redención y la salvación*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1990, 1, 22–35.

⁶ Cfr. Por ejemplo, Sal 6; 30; 38; 41; 102.

sucesivo, los judíos contarán con un aval de confianza en la bondad y potencia de su Dios: se ha manifestado como el potente salvador, creador y liberador de su pueblo. El libro del Éxodo muestra así la intención salvífica de Dios:

Luego dijo el Señor: «He observado la opresión de mi pueblo en Egipto, he escuchado su clamor por la dureza de sus opresores, y he comprendido sus sufrimientos. He bajado para librarlos del poder de Egipto y para hacerlos subir de ese país a una tierra buena y espaciosa, a una tierra que mana leche y miel» (Ex 3,7-8).

La intervención de Dios es descrita con un recorrido bien preciso: parte de una situación de esclavitud y mira hacia otra deseable, simbolizada con la posesión de la «tierra que mana leche y miel». Así, la acción salvadora se mueve entre dos polos: el negativo, como liberación de un mal que oprime o acecha al hombre, y el positivo, en cuanto concesión de un bien decisivo.⁷ Este esquema podría generalizarse para todas las imágenes que describen la salvación.

La noción de salvación parte de su significado más inmediato, inmanente a esta historia: Dios ha sanado o liberado a sus fieles. El pueblo reacciona alabando a Dios mediante la celebración y la memoria de sus obras realizadas. Sin embargo, la salvación no queda confinada en el pasado; al contrario, el ámbito propio de la salvación es el futuro. La memoria de lo sucedido adquiere su relevancia en función de lo venidero: es garantía de confianza en las promesas divinas. No es casualidad que la Torá, la narración identitaria de Israel, se cierre con la muerte de Moisés, sin haber alcanzado la posesión de la tierra prometida. De este modo, Israel queda configurado en la Torá como el pueblo de las promesas, cuya identidad queda permanentemente lanzada hacia el futuro, en la esperanza de la salvación definitiva.⁸

La descripción de los dos polos, positivo y negativo, entre los que se mueve la acción salvífica varía a lo largo de la historia bíblica. La literatura profética y, aún más la apocalíptica, gime por una acción salvífica definitiva y eclatante: el punto final implicará una transformación radical de cielos y tierra que acabe definitivamente con todo

⁷ Cfr. SESBOUÉ, *Jesucristo, el único mediador*, 1, 25.

⁸ Cfr. G. LOHFINK, *Gesù di nazaret: Cosa volle - Chi fu*, Queriniana, Brescia 2014, 220–223.

mal.⁹ La salvación trascenderá esta historia, ya que habrá de conducirnos a un puerto que va más allá: un nuevo cosmos de paz. También el Nuevo Testamento se mueve en esta corriente. En él, la condición final conoce diversas expresiones, por ejemplo: heredar o entrar en el Reino de Dios,¹⁰ tener vida eterna,¹¹ vivir la vida de hijos de Dios,¹² entre otras; algunas de ellas, tienen una clara referencia a una transformación definitiva del cosmos.¹³ Así, queda forjada la esperanza en una salvación cuyo fin deberá trascender la historia presente. Pero trascender este mundo no significa prescindir de él u obviarlo, sino transformarlo radicalmente¹⁴: «la salvación nunca aparece como una noción completamente ajena a este mundo, un sueño piadoso que se realizará sólo al despertar de la pesadilla de la historia. En perspectiva bíblica, la salvación, aunque tenga una finalidad que trasciende la historia, nunca está simplemente abstraída o separada de ella».¹⁵

Esencialmente, el punto de llegada de la salvación cristiana consiste en la participación eterna en la vida divina, como hijos de Dios en Cristo, por acción del Espíritu. La dinámica de la salvación traída por

⁹ Las citas bíblicas al respecto podrían multiplicarse numerosa e inútilmente. Una buena muestra de la esperanza en una transformación del cosmos se puede leer en *Isaías*; en concreto, cfr. Is 11,1-16; 25,8; 65,17-25. Posteriormente, la esperanza individual en una vida más allá de esta condición mortal aparece en Dan 12,1-2 o en 2Mac 7,11-14. Sobre la escatologización de la esperanza de Israel, cfr. por ejemplo, P. O'CALLAGHAN, *Cristo, esperanza per l'umanità: un trattato di escatologia cristiana*, Edusc, Roma 2012, 110-118.

¹⁰ Cfr. Mc 9,47; 10,23-25 y par.; Mat 5,20; 7,21; 18,3; Lc 23,42; Jn 3,5; 1Cor 6,9-10; 15,50...

¹¹ Cfr. Mc 10,17.30 y par.; Mat 25,46; Lc 10,25; Jn 3,15-16; 6,27-68 y otros.

¹² Cfr. Rom 8,14-30; Gal 4,4-6; 1Jn 3,1-2. Otras expresiones recibirán además un peso mayor en la tradición de la Iglesia, como, por ejemplo, la santidad (cfr. Ef 1,4) o ver, contemplar o conocer a Dios (cfr. 1Jn 3,2; Jn 17,24 entre otros).

¹³ Cfr. Rom 8,21-23; 1Cor 15,22-27; Fil 3,21; Ap 21,1; 2Pt 1,4; 3,13.

¹⁴ Así, por ejemplo, el anuncio del Reino de Dios no propone la eliminación de este mundo para hacer uno nuevo y distinto, sino más bien la transformación radical de *este* mundo, que comienza en *esta* historia y se consume con la gloria de la resurrección corporal, de la que participará también el cosmos; cfr. por ejemplo, LOHFINK, *Gesù di Nazaret*, 35-74; N. T. WRIGHT, *Simply Christian: Why Christianity Makes Sense*, HarperSan-Francisco, San Francisco 2006, 91-92; 99-103; 217-237.

¹⁵ K. ANATOLIOS, *Deification through the cross: an Eastern Christian theology of salvation*, William B. Eerdmans Publishing Company, Grand Rapids 2020, xiii; la traducción es nuestra.

Cristo parte de la interioridad del corazón humano,¹⁶ pero no se puede reducir a la esfera individual: sana también sus relaciones y alcanza la sociedad en cuanto tal; es más, el carácter social le es esencial.¹⁷ Similarmente, la salvación cristiana no se reduce tampoco a la esfera de lo espiritual, ya que llega también al cuerpo e, incluso está llamada a transformar el cosmos entero en su materialidad¹⁸. Por eso, es claro que, aun cuando esta acción divina se enraíza en nuestro mundo presente, mira a una consumación trascendente.

En definitiva, la salvación se configura como una acción que produce un efecto bien concreto en su objeto, ya que lo transforma realmente; así pues, anunciar la salvación implica ofrecer el paso desde la condición de miseria hasta la plenitud de vida humana. Esta propuesta no es ajena a la naturaleza del hombre, sino que responde a la constitución de su ser, a sus tendencias y a sus anhelos. El hombre necesita y desea la salvación porque la vida humana se encuentra en una condición de miseria que contrasta con los deseos de plenitud propios de su ser. Si se trata, como sostenemos, de una necesidad natural y universal, sería esperable verla manifestada en la vida ordinaria, en la cultura, en el pensamiento de los hombres. Trataremos de ilustrar que así es.

II. NECESIDAD Y DESEO DE SALVACIÓN

Hemos distinguido tres elementos pertenecientes a la dinámica salvífica: primero, la condición inicial de miseria en que se encuentra el hombre; segundo, la condición final de plenitud que ansía y, tercero, el paso

¹⁶ Cfr. por ejemplo, el sermón de la montaña; también Mc 7,21 y Mt 15,18-19; la prioridad del perdón de los pecados en relación a la salvación, por ejemplo, en Mc 2,1-12 y paralelos Mt 9,1-9 y Lc 5,18-26; Lc 7,36-50; Lc 19,1-10; Hechos 5,31, etc.

¹⁷ La redención puede ser descrita como el restablecimiento de la unidad perdida, con Dios y de los hombres entre sí; cfr. Jn 11,52; 10,15-16; Is 49,6; 53,5-6; Col 1,20; Ef 1,10; 2,14; Ap 1,6. Se puede profundizar sobre este asunto en el ya clásico H. DE LUBAC, *Catolicismo. Aspectos sociales del dogma*, Encuentro, Madrid 1988, especialmente en el primer capítulo, 21-37.

¹⁸ Cfr. Rom 8,19-23; 1Cor 15,24ss; 2Pt 3,10-15; Mc 13,24-31 y par.; Ap 21,1-5; entre otros. Los reduccionismos intelectualistas y voluntaristas de la salvación (puestos en relación con herejías pasadas, como neo-agnosticismo y neo-pelagianismo) han centrado recientemente la atención de la CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE (CDF) en CDF, Carta *Placuit Deo* (22 de febrero de 2018), AAS 110 (2018), 427-436.

entre una y otra, atribuible al poder divino. Ambas condiciones (misericordia real y plenitud ansiada) forman parte de la experiencia común del ser humano: no son, por tanto, objeto de la revelación. No es difícil encontrar manifestaciones culturales que expresan la condición de miseria en que vive el hombre. Igualmente, las ansias y anhelos de plenitud humana están presentes en todas las artes. Ambos polos de la salvación se podrían tematizar y explicar de muchas formas; querer describirlos en profundidad sería pretencioso. A continuación, de modo somero, sintético y minimal, trataré de llenar de contenido ambas situaciones humanas, real y deseada, para mejor comprender la relación entre la obra salvífica ofrecida por Dios y su significatividad humana universal.

1. *La condición de miseria hoy*

El hombre necesita la salvación, en primer lugar, porque está en una condición de miseria que percibe como indebida. La condición de la persona humana se nos presenta como necesitada e insuficiente en su triple dimensión material, social e individual.

a. Precariedad en la condición material

Todas las épocas han conocido el deseo del hombre de superar la muerte y lo han declinado de diversas formas. Últimamente, la filosofía existencialista ha descrito dramáticamente el sentimiento de angustia que sigue a la conciencia del inevitable destino mortal. La perspectiva de la muerte pone al hombre ante un sinsentido definitivo difícil de superar. En la lucha contra la muerte, la ciencia, sin duda, puede celebrar grandes logros, pero parece ir siempre un paso por detrás en sus carreras contra la enfermedad: aunque gane batallas, no parece ser capaz de ganar esta guerra. Por su parte, el fenómeno del transhumanismo es una buena manifestación del deseo del hombre de superar el sufrimiento y la muerte para devenir en algo superior a lo meramente humano.¹⁹ Algunos autores hablan incluso de la posibilidad del *mind-uploading*, es decir la posibilidad de cargar la conciencia individual sobre un soporte artificial: un modo de derrotar al sufrimiento físico y a la muerte, para

¹⁹ Cfr. E. J. J. DOMÍNGUEZ, *Pensar y decir la salvación cristiana*, «Estudios Eclesiásticos» 97 (2022) 750–751.

garantizarse una vida eterna.²⁰ Tanto como la muerte en sí, el hombre rechaza los prolegómenos con que ésta anticipa su presencia: la vejez y la enfermedad. En cierto modo, toda sociedad querría encontrar “la piedra filosofal” que permita superar la condición caduca. Intelectuales, poetas, artistas y hombres de la calle han soñado siempre con ser *forever young* y han percibido dramáticamente la brevedad de la vida. De suyo, el hombre tiene un anhelo de vida joven, sana y duradera del que no consigue zafarse. La investigación científica, las industrias médicas y cosméticas tratan de aplazar la llegada de la corrupción a los cuerpos jóvenes; cuando estos fracasan, no cabe más remedio que acudir a los filtros o a *Photoshop*: la búsqueda del “elixir de la eterna juventud” sigue presente en nuestro tiempo, como sueño imposible.

Podría pensarse que no todos los hombres comparten el deseo de inmortalidad. Una vida demasiado larga podría convertirse, al fin y al cabo, en un aburrimiento insoportable. Sin embargo, este anhelo se hace inexorablemente presente cuando se piensa en la inmortalidad de los seres queridos. Tras la muerte de su mujer, el filósofo Julián Marías, reflexionaba así: «la sola sospecha de que Lolita pudiera no existir y, por tanto, no hubiera de encontrarla nunca más, me aterraba [...] uno quiere su inmortalidad, pero también la de los demás, sobre todo la de las personas amadas. Si uno ama poco o nada, ¿para qué quiere la inmortalidad? Uno necesita que sigan viviendo las personas amadas y yo, también, pero secundariamente».²¹ Quien ama anhela la inmortalidad; primariamente, la ajena.

El hombre vive su condición material como precaria no sólo por la inexorable caducidad, sino también por su vulnerabilidad ante los fenómenos naturales. Otras épocas han vivido con mayor dramatismo la dependencia del hombre respecto a fuerzas incontrolables que influyen en su destino. La cultura actual parecería asumir que toda la suerte de cada hombre está plenamente en su mano. Este pensa-

²⁰ Cfr. F. BADIALLI, A. BERGAMO, F. SCANZIANI, *Desiderio e Salvezza nel tempo della tecnica e dell'economia*, «La Scuola Cattolica» 147 (2019/1) 120.

²¹ Entrevista a Julián Marías recogida en J. L. OLAIZOLA, *Más allá de la muerte: El país sin descubrir*, Planeta-Agostini, Madrid 1996, 178–180. Explica esta idea más detenidamente en J. MARÍAS, *La felicidad humana*, Alianza Editorial, España 1994, 344–347.

miento, además de sobrecargar los hombros del desafortunado ciudadano de a pie, se ve desafiado por fenómenos como la pandemia, las catástrofes naturales u otras amenazas ambientales. En definitiva, el hombre vive con la naturaleza una relación ambivalente, se sirve de ella y la aprecia; pero de ella recibe también serios peligros. Paradójicamente, la misma tecnología que ha conseguido disminuir la precariedad de la situación, amenaza con destruir definitivamente la habitabilidad del entorno.²² A pesar de los logros de la ciencia, el hombre sigue sin encontrar en el mundo la casa pacífica y segura que anhela. Todas estas amenazas manifiestan la naturalidad del deseo humano de una vida íntegra y perdurable.

b. Carácter social de la miseria humana

Las relaciones sociales suponen probablemente la principal fuente de gozo y de sufrimiento del ser humano. Todo hombre siente el deseo de amar y de ser amado, de ser valorado y estimado, como también el de poseer y de poder; el de justicia y de paz.

En ámbito público, las denuncias de desigualdades sociales llenan las carteleras de cine y los panfletos políticos. Periódicos o telediarios presentan constantes gritos de quienes reivindican derechos elementales, luchan contra toda discriminación injusta o simplemente buscan la estima y aprobación de sus conciudadanos. En definitiva, el hombre desea vivir en una sociedad justa y pacífica. Más de una vez, estos deseos han desembocado en movimientos ideológicos y políticos que bien se podrían caracterizar como pseudo-religiosos, cuyas pretensiones daban sentido a vida de las masas desorientadas y les prometían un paraíso terrenal tras una revolución que sacaría de la miseria a las clases oprimidas. Las propuestas económico-políticas pueden y deben mejorar las condiciones sociales hacia la justicia y la paz, no hay duda, pero no pueden engendrar el paraíso; cuando, olvidando sus límites, lo prometen, suelen degenerar en situaciones

²² Recogemos una preocupación del Magisterio, que ya desde el Concilio declaraba: «el poder acrecido de la humanidad está amenazando con destruir al propio género humano», CONCILIO VATICANO II, Const. Past. *Gaudium et Spes*, 7.12.1965, n. 37, cfr. también nn. 77-79; más recientemente, cfr. FRANCISCO, Enc. *Fratelli Tutti*, 3.10.2020, n. 262; o bien, IDEM, Enc. *Laudato Si'*, 24.5.2015, nn. 102-105.

peores. En el siglo pasado hemos sido testigos de la catástrofe originada por los tentativos de soluciones totalizantes a la miseria económico-social.²³

Las miserias sociales no son solo políticas. Hoy más que nunca, la soledad amenaza con convertirse en el modo de vida común de los ciudadanos occidentales. La desintegración familiar, de mano de la liberalización sexual y del cambio de hábitos y de cultura al respecto, entre otras cosas, han devastado en los hombres la capacidad de establecer relaciones duraderas y satisfactorias a largo plazo. Pero la sed de amar auténticamente no puede apagarse. Nadie desearía la soledad si pudiera elegir la comunión. Además, la necesidad de ser apreciado y estimado en la propia identidad está, tal vez, más presente que nunca. Por una parte, observamos inermes cómo esta sed es explotada por los negocios de las redes sociales a costa de los propios usuarios. Por otra, vemos como estas ansias de apreciación en la propia identidad desembocan en ideologías contrarias y combatientes entre sí provocando una desorientación todavía mayor.²⁴ Aún no hemos visto el final de estos fenómenos; pero es claro que manifiestan una condición humana dañada en sus relaciones más íntimas que le confieren identidad y estima. La necesidad de paz y justicia, junto con el deseo profundo de comunión interpersonal están grabadas a fuego en la naturaleza humana.

²³ Sobre el nazismo como fenómeno quasi-religioso o de carácter salvífico, cfr. C.M. FROLAND, *Understanding Nazi Ideology: The Genesis and Impact of a Political Faith*, McFarland, 2020; M. BABÍK, *Nazism as a Secular Religion*, «History and Theory» 45 (2006) 375–396. De la misma manera, sobre el comunismo, cfr. M. KULA, *Communism as Religion*, «Totalitarian Movements and Political Religions» 6 (2005) 371–381.

²⁴ Sobre la ideología *woke* como fenómeno religioso-salvífico y sus consecuencias, cfr. J. MCWHORTER, *Woke Racism: How a New Religion Has Betrayed Black America*, Penguin Random House, New York 2021; J.-F. BRAUNSTEIN, *La religion woke*, Grasset, Paris 2022; N. MERING, *Awake, Not Woke: A Christian Response to the Cult of Progressive Ideology*, Gastonia, North Carolina 2021; R. SAGE, *A New Woke Religion: Are Universities to Blame?*, «Journal of Higher Education Policy And Leadership Studies» 3 (2022) 29–51. Un pequeño botón de muestra de la amplia literatura que manifiesta el conflicto generado por ideologías de género: cfr. El número monográfico B. VINCENT, S. ERIKAINEN, R. PEARCE (eds.), *TERF Wars: Feminism and the Fight for Transgender Futures*, «The Sociological Review» 68/4 (2020) 677–890; A. ZANGHELLINI, *Philosophical Problems With the Gender-Critical Feminist Argument Against Trans Inclusion*, «SAGE Open» 10/2 (2020), <https://doi.org/10.1177/2158244020927029>; M.G.F. WORTHEN, *This Is My TERF! Lesbian Feminists and the Stigmatization of Trans Women*, «Sexuality & Culture» 26 (2022) 1782–1803.

c. Una interioridad rota

La modernidad, con sus progresos técnicos y sociales, no ha conseguido apagar la sed de espiritualidad. Al contrario, tiende a generar un estilo de vida que provoca un ansia y un vacío interior difícil de llenar; por ello, el anhelo de religiosidad está impulsado hoy en día por la necesidad terapéutica de bienestar psíquico. Asistimos a una demanda cada vez mayor de espiritualidad y de paz interior que la modernidad occidental es incapaz de satisfacer. En consecuencia, las masas se dirigen hacia oriente y su religiosidad. Gabino Uríbarri ha puesto de relieve este desafío y los riesgos que conlleva para occidente aceptar las premisas antropológicas y teológicas sobre las que se basa su práctica religiosa: entre otras cosas, la noción misma de persona y su individualidad está en juego.²⁵ La carta *Placuit Deo* también afronta esta cuestión, señalando los peligros de reducir la salvación a las prácticas solamente espirituales o centradas en el solo esfuerzo del individuo.²⁶ A fin de cuentas, este fenómeno, además de mostrar las necesidades de bienestar interior, podría manifestar también una búsqueda sincera de Dios, solo posible en el encuentro con Cristo.

En ocasiones, el mismo hecho de estar sobre la tierra se presenta al hombre como un trabajo: vivir cuesta. «La vida del hombre sobre la tierra es lucha» (Job 7,1); en este sentido se lamenta también el Salmo 90,10: «los años de nuestra vida son setenta, u ochenta para los más fuertes; pero la mayor parte de ellos son trabajo y afanes». Querriamos evitar las fatigas de la vida y, en parte, la tecnología nos lo facilita cada vez más; pero aun así, no conseguimos zafarnos del trabajo de nuestra propia existencia. Ratzinger lo expresa así:

La crisis de nuestro tiempo depende principalmente del hecho de que se nos quiere hacer creer que se puede llegar a ser hombres sin el dominio de sí, sin la paciencia de la renuncia y la fatiga de la superación, que no

²⁵ Cfr. URÍBARRI BILBAO, *La Mística de Jesús, passim*; una síntesis en la sección titulada «la afirmación oriental del dinamismo imparabable del cosmos: la disolución de la persona», 266. Cfr. también la carta sobre la meditación cristiana *Orationis Formas*, de la CDF, disponible en CDF, *La meditación cristiana: carta "Orationis formas"*, Palabra, Madrid 1994.

²⁶ Cfr. CDF, Carta *Placuit Deo*, especialmente, nn. 11–14.

es necesario el sacrificio de mantener los compromisos aceptados, ni el esfuerzo para sufrir con paciencia la tensión de lo que se debería ser y lo que efectivamente se es.²⁷

La tecnología ha conseguido facilitar procesos que en el pasado implicaban un esfuerzo y una paciencia encomiables, ¡valiosísimo progreso! Hay quien sueña en un futuro donde la técnica avance hasta hacer superflua toda la tenacidad, paciencia y lucha requerida para una vida realmente humana. Es razonable dudar de tales sueños. En cualquier caso, al despertar, nos volvemos a encontrar con la necesidad de ganarnos el pan con el sudor de la frente.

El hombre tiene que pasar por un cierto esfuerzo para asumir su propia identidad, con sus circunstancias y sus límites, como dice el poeta: «raro asunto la vida [...] [que] fuese a tocarme a mí precisamente este trabajo amargo de ser yo».²⁸ El hombre no está en paz consigo ni con el mundo hasta que no es capaz de aceptarse,²⁹ y para ello, debe integrar sus limitaciones y circunstancia.³⁰ Cuando, además, a las normales limitaciones se les suma la propia responsabilidad por el mal causado, este esfuerzo puede tomar tintes dramáticos. Por eso, el hombre necesita, de alguna forma, liberarse del peso de sus culpas pasadas, saberse redimido, perdonado o, al menos, abierto a la posibilidad de un cambio.³¹

²⁷ J. RATZINGER, *¿Por qué permanezco en la Iglesia?*, in H. U. VON BALTHASAR, *¿Por qué soy todavía cristiano? ¿Por qué permanezco en la Iglesia?*, Sígueme, Salamanca 2005, 109.

²⁸ M. D'ORS, *El misterio de la felicidad: Antología poética*, Renacimiento, 2012, 82. Aquí la poesía completa, titulada *Raro asunto*: «Raro asunto la vida: yo que pude/ nacer en 1529, /o en Pittsburg o archiduque, yo que pude/ ser Chesterton o un bonzo, haber nacido/ gallego y d'Ors y todas esas cosas. / Raro asunto / que entre la muchedumbre de los siglos, / que existiendo la China innumerable, / y Bosnia, y las cruzadas, y los incas, / fuese a tocarme a mí precisamente /este trabajo amargo de ser yo».

²⁹ Para profundizar en ello, R. GUARDINI, *La aceptación de sí mismo*, Cristiandad, Madrid 1983.

³⁰ En este sentido podría interpretarse la segunda parte de la célebre frase de Ortega, en las *Meditaciones del Quijote*: «yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo». Así la comentaba él mismo: «la idea de que “el destino concreto del hombre es la reabsorción de la circunstancia” no era para mí sólo una idea, sino una convicción [...] La vida como aceptación de la circunstancia implica que el hombre no puede salvarse a sí si, a la vez, no salva su circunstancia», citado en M. GARRIDO, *El Yo Y La Circunstancia*, «Teorema» 13 (1983) 312–313.

³¹ Este sentimiento ha sido expresado últimamente de modo elocuente en la miniserie de la BBC *Time* (2021).

Ningún hombre está completamente libre de culpa, pues la experiencia de que «el justo peca siete veces al día» (Cfr. Pro 24,16) es un universal.³² El hombre siente una ruptura interior que le lleva a donde no habría querido ir; sus tendencias aparecen a menudo opuestas a lo que valoraría como su auténtico bien. Todos podríamos decir, con san Pablo: «querer el bien está a mi alcance, pero ponerlo por obra no; porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero» (Rom 7,18-19). La consecuencia directa de ello es que los hombres se hacen daño unos a otros, aun sin quererlo. Por eso, sin el perdón, el hombre no puede construir las relaciones profundas y duraderas que ansía.³³

Recapitulando, la persona humana es menesterosa en relación al mundo material, a sus relaciones sociales y a su misma interioridad. Así, la inevitable precariedad derivada de su condición material gime por la redención del cosmos y del cuerpo; además, las relaciones interpersonales y de la sociedad aparecen como fuente constante de necesidad de salvación; por último, también la interioridad del sujeto parece reclamar una profunda sanación, más aún cuando es abandonada a la espontaneidad de sí misma.

2. *Los deseos de plenitud*

A la realidad miserable que hemos descrito, debemos añadirle la medida infinita de los deseos humanos, es decir, la ilimitada pretensión humana de gozar de una vida mejor. Aun en el hipotético caso en que la condición del hombre no fuera precaria, por buena que fuese, sería siempre limitada y, he aquí la paradoja, al hombre cualquier límite parece dejarle insatisfecho: su misma finitud es extrañamente percibida como algo impropio.

Para el hombre, nada es suficiente. En palabras de Julián Marías, «al hombre le pertenece el descontento, se lo podría definir como el animal descontento».³⁴ Este filósofo ha caracterizado la felicidad como

³² Cfr. A. DUCAY, *Ripartire il mondo al Padre: corso di soteriologia cristiana*, Edusc, Roma 2016, 26-28.

³³ Esto muestra, dicho sea de paso, que en realidad no es posible separar la interioridad de la persona de su relacionalidad, como tampoco es separable de su corporeidad, aunque las hayamos distinguido para ordenar el discurso.

³⁴ MARÍAS, *La felicidad humana*, 24.

un *imposibile necessario*. Es necesaria para el hombre, al menos en cuanto deseo, ya que sin él, el hombre no puede vivir, no se pone en marcha: todo cuanto hace va encaminado a conseguirla. Sin embargo, mientras el hombre siga siendo hombre, la felicidad le es imposible, porque sus pretensiones son insaciables, a veces, incluso ilimitadas o contradictorias entre sí. Por más que busca, nada le basta.

La dinámica inagotable del deseo humano ha suscitado la reflexión de los grandes pensadores y artistas. Por ejemplo, Dante, en su *Convivio*, la ilustra así:

Y así como un peregrino que va por un camino donde nunca ha estado, cree que toda casa que ve de lejos es la posada, y no encontrándola así, dirige su creencia a otra casa, y así va de casa en casa, hasta llegar a la posada; así va también nuestra alma: al entrar en el camino nuevo y no hecho de esta vida, dirige sus ojos al fin de su mayor bien, y por tanto, todo lo que ve que parece tener algún bien en sí, cree que lo es. Y como su conocimiento inicial es imperfecto porque no es experta ni docta, los bienes pequeños le parecen grandes, y por eso su deseo empieza por estos pequeños. Por eso, vemos que los niños desean, primero, una manzana; y luego, prosiguiendo, desean un pajarito; y luego, más adelante, ropa hermosa; y luego un caballo; y luego una mujer; y luego riquezas no grandes, y luego grandes, y luego más. Y esto le sucede porque en ninguna de estas cosas encuentra lo que busca, y entonces cree que lo encontrará más adelante.³⁵

Para Dante, con san Agustín y demás tradición cristiana, la razón de esta insatisfacción es clara: «*fecisti nos ad te, et cor nostrum inquietum est donec requiescat in te*».³⁶ El anhelo del hombre es infinito y solo con el Infinito se sacia. La fe cristiana ve el deseo de Dios detrás de estas ansias.³⁷ Quienes no tienen esta fe, no pueden dejar de sentir, reflexionar o cantar el anhelo de una vida plena, como aparece manifestado en numerosas obras de arte y pensamiento.³⁸ El hombre quiere el bien y quiere el placer, pero

³⁵ Traducción nuestra, desde DANTE ALIGHIERI, *Il Convivio*, IV, XII, citado y comentado en F. NEMBRINI, *Dante, poeta del desiderio: Conversazioni sulla Divina Commedia - Volume I Inferno*, ITACA, Castel Bolognese 2015, 20–23.

³⁶ AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones*, I, 1. 1.

³⁷ Cfr. BADIALI, BERGAMO, SCANZIANI, *Desiderio e Salvezza nel tempo della tecnica e dell'economia*, 115ss.

³⁸ Giacomo Leopardi, poeta del s. XIX considerado materialista, decía que es propio del ánimo humano el «non poter essere soddisfatto da alcuna cosa terrena né per dir così dalla terra intera [...] sentire che l'animo e il desiderio nostro sarebbe ancora più

no lo quiere como se le presenta: lo querría *siempre y más*. Como dice Nietzsche, «todo placer quiere eternidad, profunda eternidad».³⁹

La infinitud de sus deseos hace que el hombre nunca esté contento. A veces encuentra que las cosas le van mal y, entonces, puede echarle la culpa a las circunstancias. Pero, excepcionalmente, le va bien y aun así se siente insatisfecho. En ese momento nos encontramos con la deficiencia de la vida⁴⁰ y notamos que la causa no es otra: no nos basta con ser “solo” hombres. A diferencia de las demás especies, el hombre siente su propia naturaleza como insuficiente: no se conforma con ella. Llevamos dentro el anhelo de superar nuestra finitud.

Es raro el caso de quien no reconozca que, en contraste con la realidad finita y menesterosa, las ansias de felicidad del hombre implicarían una vida que va más allá de lo meramente humano. Igualmente es común la experiencia de que la vida humana, aun pudiendo considerarse fundamentalmente positiva, está siempre inmersa en una innegable condición de necesidad y miseria. En breve, la condición de miseria y la pretensión de plenitud son experiencias comunes, raramente ausentes en cualquier existencia verdaderamente humana.

III. LA EXPERIENCIA DE LA SALVACIÓN

Nos encontramos entonces ante una paradoja: generalmente, todos reconocen la miseria de la propia situación y sus ansias de plenitud; sin embargo, pocos parecen dispuestos a describir esta realidad como su “necesidad o deseo de ser salvado”. En realidad, para tematizar la condición humana en clara y explícita referencia a la salvación divina hace falta algo más: creer que haya alguien o algo que pueda sacar al hombre de su miseria y llevarlo a la plenitud. En el judeocristianismo, Dios se revela como Salvador, es decir, como quien tiene el poder y la bondad de llevar a su pueblo a través de este paso. Ante esta nueva luz,

grande di siffatto universo [infinito] e sempre accusare le cose di insufficienza e nullità», citado en NEMBRINI, *Dante, poeta del desiderio*, 22–23. Ejemplos más recientes se pueden encontrar en las letras de canciones de Vasco Rossi como *Vivere* o *Vita spericolata*, en películas como *Druk* (otra ronda) (2020), leída en línea con la poesía de Beaudelaire, *Enivrez-vous*, (emborrachaos), entre incontables obras de arte.

³⁹ F. NIETZSCHE, *Así habló Zaratustra*. Madrid, Alianza, 1985, 429.

⁴⁰ Cfr. MARÍAS, *La felicidad humana*, 25.

el hombre entiende más claramente su condición como necesitada de recibir la acción salvífica de Dios.⁴¹

En la historia bíblica hay dos casos paradigmáticos que pueden ilustrar esta idea, uno del AT y otro del NT: la liberación de Israel de Egipto y la conversión de san Pablo.

La narrativa del Éxodo explica de modo ejemplar la acción salvífica de Dios. Los hijos de Israel vivían reducidos a la servidumbre bajo el dominio egipcio, en una situación tan lamentable que su clamor llega a la presencia de Dios: «he visto la opresión de mi pueblo en Egipto y he oído sus quejas contra los opresores; conozco sus sufrimientos» (Ex 3,7). El biblista Jódar nota un punto interesante: «la irrupción de Dios se presenta como reacción a los gritos de los israelitas, pero en ningún lado se dice que los israelitas se dirijan a Él. Es el clamor mismo el que sube a Dios»⁴². No son los israelitas los que piden la acción salvadora de Dios. Es más, en cuanto se les presenta la intención salvífica de YHWH, sucede lo siguiente:

Diles a los hijos de Israel: «Yo soy el Señor y os sacaré de los duros trabajos de Egipto, os rescataré de vuestra esclavitud, os redimiré con brazo extendido y con grandes juicios. Os adoptaré como pueblo mío y seré vuestro Dios; para que sepáis que yo soy el Señor vuestro Dios, que os saca de los duros trabajos de Egipto. Os llevaré a la tierra que prometí con juramento a Abrahán, Isaac y Jacob, y os la daré en posesión: Yo, el Señor». Moisés comunicó esto a los hijos de Israel, pero no le hicieron caso porque estaban agobiados por el durísimo trabajo (Ex 6,6-9).

El mismo trabajo que les esclaviza les impide además escuchar la palabra de salvación de Dios. Israel aún no ha conocido a Dios como Salvador y, por eso, también desconfía de la posibilidad misma de la salvación. De hecho, para salir de Egipto, Moisés deberá vencer las resistencias, no solamente del Faraón, sino incluso del mismo pueblo que ha de ser salvado: «¿No es esto lo que te decíamos en Egipto: “Déjanos; continuaremos sirviendo a los egipcios; es preferible servir a los egipcios que morir en el desierto”?» (Ex 14,12). Estas negativas se reiterarán sucesivamente. Solo tras el paso del mar Rojo, es decir, una vez que se

⁴¹ No tenemos intención de afirmar ni negar que a este conocimiento se pueda llegar por las meras fuerzas de la razón natural.

⁴² C. JÓDAR, *Éxodo*, BAC, Madrid 2020, 47.

han visto liberados, los israelitas comienzan a comprender lo que estaba sucediendo. Entonces, cantan: «el Señor es mi fuerza y mi vigor, Él me ha salvado, quiero alabarlo» (15,2). En retrospectiva, el pueblo de Israel, ya redimido, entenderá que su antigua condición de servidumbre constituía su *necesidad de salvación*, aunque no lo hubiera percibido así en aquel momento. Obviamente, el paso del mar Rojo es solo un inicio; después deberán afrontar el arduo camino del desierto, durante el cual la duda sobre el beneficio de seguir a Dios volverá a presentarse. Será el momento de hacer memoria de la salvación primera para retomar el camino con renovada confianza.

Algo similar puede entrecerse en la vida de san Pablo. Cuando debe relatar el cambio vital que supuso su contacto con Cristo, lo comprende en términos de liberación de la servidumbre de la Ley, del pecado, de la carne y, por último, de la muerte. Sirva como muestra este pasaje de la *Carta a los Romanos*:

Quando estábamos en la carne, las pasiones de los pecados, ocasionadas por la Ley, obraban en nuestros miembros dando frutos para la muerte; ahora, muertos a la Ley en la que estábamos presos, hemos sido liberados para servir con un espíritu nuevo y no según la antigua letra [...]. Yo también, durante algún tiempo, vivía sin Ley, hasta que llegó el precepto y revivió el pecado, y yo quedé muerto, y el precepto dado para la vida, ese mismo se convirtió para mí en instrumento de muerte. Pues el pecado, aprovechando la ocasión, me sedujo por medio del precepto y por medio de él me dio la muerte (Rom 7,5-11).⁴³

Esta comprensión paulina es posible únicamente *a posteriori*. Pablo experimenta primero la acción salvadora de Cristo; sólo después comienza a comprender sus beneficios. Antes de saberse liberado de la Ley, no parece que el fariseo Pablo fuera consciente de vivir *esclavizado* por ella; en cambio, al vivir el gozo de la redención, comprende la precariedad de su situación anterior:

Fui circuncidado al octavo día, soy del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo, hijo de hebreos, y, ante la Ley, fariseo; a causa del celo por ella,

⁴³ Obviamente, las citas paulinas que muestran la misma idea se podrían multiplicar. Por ejemplo, Rom 8,2: «La ley del Espíritu de la vida que está en Cristo Jesús te ha liberado de la ley del pecado y de la muerte»; o bien se puede leer también Gal 5,1-2: «Para esta libertad Cristo nos ha liberado. Manteneos, por eso, firmes, y no os dejéis sujetar de nuevo bajo el yugo de la servidumbre. Mirad: yo, Pablo, os digo que, si os circuncidáis, Cristo no os servirá de nada», entre otros pasajes.

perseguidor de la Iglesia. En lo que se refiere a la justicia de la Ley, llegué a ser irreprochable. Sin embargo, cuanto era para mí ganancia, por Cristo lo considero como pérdida. Es más, considero que todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor. Por él perdí todas las cosas, y las considero como basura con tal de ganar a Cristo (Fil 3,5-8; cfr. también Gal 1,13-15).

El estudioso E. P. Sanders explica que Pablo no parte de una reflexión antropológica, por la que reconoce su incapacidad de cumplir la Ley y, de ahí, se sabe necesitado de liberarse de ella, hasta finalmente encontrar en Cristo a su liberador. La historia de Pablo no fue así. Su línea de pensamiento procede más bien a la inversa: primero se sabe salvado por Cristo y solo consecuentemente comprenderá que necesitaba ser liberado de una Ley que lo acusaba sin transformarle.⁴⁴ Tampoco para el apóstol esto supone el fin del camino, sino el inicio: tras su primera llamada, no se le ahorrarán nuevas dificultades que podrá superar confiando en la fortaleza de quien ahora conoce como Salvador.⁴⁵

Ambos casos manifiestan una lógica común: la necesidad de salvación se comprende como tal y en toda su fuerza *a posteriori*, es decir, una vez experimentada la acción salvífica de Dios. El pueblo de Dios, como sucede también a san Pablo, puede proclamar y explicar la salvación porque la ha experimentado. La historia vivida le da a conocer al Salvador y, consecuentemente, se abre a la misma posibilidad de la salvación. De este modo, el pasado constituye una garantía por la que esperar en la salvación futura.

⁴⁴ Se trata de uno de los puntos iniciales de la llamada *New Perspective on Paul*. En concreto, estas son las palabras de Sanders: «Paul thought from solution to plight rather than from plight to solution. [...] If the source of Paul's thought about the law was that the law cannot be fulfilled, or that fulfilling it leads to boasting, or that it is weak and unable to produce real righteousness, we would have to assume that his thought sprang from an analysis of the human condition and of the place of the law in the human condition prior to faith. This, however, seems very unlikely. [...] Thus we come to the following train of experience and thought: [...] If salvation is by Christ and is intended for Gentile as well as Jew, it is not by the Jewish law in any case, no matter how well it is done, and without regard to one's interior attitude. Salvation is by faith in Christ, and the law does not rest on faith», E. P. SANDERS, *Paul, the Law, and the Jewish People*, Fortress Press, Philadelphia 1983, 149-154.227 pages ; 24 cm; Includes bibliographical references (pages 211-219

⁴⁵ Se enfrenta a dificultades interiores, como la llamada «espinas en la carne» (cfr. 2Cor 12,7-10), así como a numerosas pruebas exteriores (cfr. 2Cor 11,24-31).

De modo similar, podríamos extender esta lógica a la experiencia cristiana común. La salvación no es meramente un constructo teórico, sino que es una realidad accesible a la experiencia del cristiano:⁴⁶ aun estando proyectada hacia el futuro, empieza a trabajar aquí, de modo que ya en este mundo reconcilia al hombre con Dios y le hace pregonar su vida eterna.⁴⁷ Como muestra el testimonio de innumerables santos,⁴⁸ el cristiano puede decir sobre esta tierra: «nosotros hemos conocido y creído en el amor que Dios nos tiene» (1Jn 4,16). Esta experiencia no le elimina las dificultades presentes, pero le da una garantía de confianza para afrontarlas de modo nuevo.

En primer lugar, la salvación lucha por abrirse paso desde el corazón del hombre. El cristiano se sabe perdonado por Dios y conoce una nueva relación con Él por la gracia que le transforma desde dentro. Aun en medio de las pruebas de este mundo, el cristiano comienza a «caminar una vida nueva» (Rom 6,4) y a saborear sus frutos: «la caridad, la alegría, la paz [...] Si vivimos por el Espíritu, caminemos también según el Espíritu» (Gal 5,24-25). La acción salvífica no quita al cristiano la conciencia de seguir en «este valle de lágrimas», ni le ahorra su paso por la Cruz; no obstante, le capacita para encontrar la alegría en la Cruz, viviendo en comunión con su Maestro. Esto es, la salvación comienza a sanar la interioridad del cristiano, y lo hace a través del perdón; con él, le abre a una vida nueva marcada por la alegría y la paz.

«Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a nuestros hermanos» (1Jn 3,14). Así como la acción salvífica reconcilia la persona y toca su interioridad, transforma también sus relaciones: no puede no manifestarse en la caridad. Ciertamente, mientras somos caminantes, el reino de Dios está en nosotros en combate contra el reino del pecado y de la muerte; pero esto no significa que su presencia no se haga notar realmente. Sobre esta tierra, toda relación humana participa de la herida de nuestra naturaleza, por eso, la comunión duradera solo es posible allí donde se da el perdón, uno de los grandes frutos de la salvación. «Los cristianos experimentan una nueva

⁴⁶ Cfr. ANATOLIOS, *Deification through the cross*, 30–31.

⁴⁷ Para profundizar, cfr. F. GARCÍA MARTÍNEZ, *Tened ánimo, yo he vencido al mundo: la experiencia cristiana de la salvación*, «Salmanticensis» 58 (2011) 19–53, especialmente, 49–52.

⁴⁸ Cfr. DUCAY, *Ripartire il mondo al Padre*, 182–183.

modalidad de ser entre ellos, hasta el punto que los paganos exclamaban: “Mirad cómo se aman”». ⁴⁹ La caridad está llamada a permear la sociedad donde viven los cristianos. ⁵⁰

En el cuerpo y el cosmos material se manifiesta claramente el *todavía no* que proyecta la salvación hacia un futuro trascendente. No obstante, estas instancias no están excluidas del *ya* de la acción divina, como se observa, principalmente en la liturgia. En palabras de Anatolios, «la salvación es una realidad accesible a la experiencia viva y el culmen de este acceso se puede encontrar en su forma primaria y normativa en la liturgia cristiana». En efecto, en el contexto litúrgico se comparte una experiencia donde se actúa, mediante el sacrificio de Cristo, la reconciliación con Dios, la comunión entre los hombres y la transformación de lo creado: «en la liturgia, los cristianos son incluidos en la extensión humana de la glorificación del Hijo al Padre en el Espíritu. En la medida en que el cristiano es consciente de esta realidad puede alcanzar una experiencia real y concreta de su propia salvación y deificación». ⁵¹

El cristiano puede discernir la acción de Dios en su vida y nombrar sus frutos. De este modo, reconoce, en su propia miseria (presente y pasada), un lugar *necesitado de la salvación* y, en sus ansias de plenitud, la vocación a un cumplimiento mayor. Es decir, la experiencia de la salvación anuncia un cumplimiento activado, ya dado en la historia, pero que está a la espera de una consumación que debe superar los límites con los que está marcada la misma historia. ⁵² En otras palabras, la memoria de lo que Dios *ya* ha operado constituye, no solo un cumplimiento, sino también un aval de confianza en sus promesas *no todavía consumadas*: es fuente de esperanza.

⁴⁹ FRANCISCO, *Audiencia General del 21-VIII-2019*. Para una investigación histórica sobre la caridad como factor de difusión del primitivo cristianismo, cfr. F.J. ALFARO GUTIÉRREZ, *Mirad cómo se aman: la caridad como uno de los factores de expansión del cristianismo en los primeros siglos*, Pro manuscrito PUSC, Romae 2021.

⁵⁰ Una interesante exposición divulgativa del impacto del cristianismo y sus valores en la sociedad e historia occidental, cfr. T. HOLLAND, *Domínio: cómo el cristianismo dio forma a Occidente*, Ático de los Libros, Barcelona 2021.

⁵¹ ANATOLIOS, *Deification through the cross*, 427–428.

⁵² Cfr. GARCÍA MARTÍNEZ, *Tened ánimo, yo he vencido al mundo: la experiencia cristiana de la salvación*, 51.

IV. UNA BUENA NOTICIA, EXCEDENTE E IMPREVISIBLE

La situación de miseria y los deseos de plenitud son una realidad de la que ningún hombre escapa. Sin embargo, como decíamos, no todo hombre lee en ello la necesidad de ser salvado; es la fe, reforzada por la experiencia de la salvación, lo que arroja una nueva luz sobre la condición humana, abriéndola a la esperanza. Sin ella, ciertamente, la necesidad de salvación seguiría siendo una apertura humana a la trascendencia, pero puede desembocar en actitudes idolátricas o, simplemente, no ser comprendida como tal. En otras épocas, la tentación explícita era la idolatría: el hombre pone todas sus esperanzas en seres que, en realidad, no lo pueden salvar; al contrario, le defraudan y acaban alienando al hombre. Hoy no faltan actitudes idolátricas de quien espera encontrar la salvación en falsas entidades, las llame dioses o no. Dejando a un lado esas idolatrías más o menos encubiertas, en una cosmovisión genuinamente atea, la alternativa a la fe en la salvación es más bien el nihilismo. Si se niega la posibilidad de un salvador trascendente, la situación de miseria y las ansias de plenitud no suscitan ninguna esperanza de salvación; al contrario: condenan al hombre a una tensión irresoluble entre sus deseos y la realidad. Esto es, percibe desesperadamente unas pretensiones inalcanzables en medio de una limitación absurdamente sentida como indebida e injusta. Como decía Pascal, la única salida consiste en anestesiar el dolor y el deseo mediante el *divertissement*; es decir, distracciones, ruidos y sucedáneos superficiales que acallen las necesidades y deseos más profundos de la naturaleza humana. En contraste, el mensaje cristiano permite al hombre mirar a la cara al realismo de su condición y de sus deseos, ya que ahora son objeto de la acción divina.

Asumiendo el riesgo de toda simplificación, las actitudes no cristianas ante la condición humana podrían desembocar en dos: la idolatría, cuyas vanas esperanzas acaban dañando al hombre; o el nihilismo, que deberá distraerse, resignarse o asumir el sinsentido. Ante ello, el anuncio de la salvación se presenta necesariamente como una buena noticia: la situación mísera actual y sus anhelos infinitos tienen una nueva explicación llena de esperanza fundada.

La fe ilumina, en primer lugar, la situación de miseria del hombre. Los primeros capítulos del libro del Génesis afrontan este tema y arrojan una enseñanza clara: en la medida en que lo creado seguía la volun-

tad de Dios, todo «era bueno».⁵³ La Escritura explica así que el mal no debe ser considerado constitutivo del ser en cuanto tal: el mundo, salido de Dios, es originaria y radicalmente bueno. Para la tradición judeocristiana, el origen del mal no está en el ser mismo ni en Dios, sino en la libre contingencia creada. Así, no existe un principio del mal que esté al mismo nivel que el principio del bien, que es el mismo Dios creador. Por eso, aunque todo hombre percibe que la condición humana es miserable, solo la fe explica la causa que hay detrás de este mal: el pecado. En otras palabras, el cristiano sabe que el mal no responde a la fuente del ser, que es Dios; al contrario, es el resultado de su rechazo. Por eso, paradójicamente, atribuir a la libertad creada la maldad del mundo es una buena noticia, ya que de este modo la hace contingente y, por tanto, evitable; o, mejor, vencible. Si la raíz del mal es el pecado, junto con el diagnóstico, la solución aparece como posible; es más, como ya alcanzada con el triunfo de Cristo en la Cruz. Además, el mensaje cristiano excede el mero deseo humano y se presenta como inimaginable, principalmente, por el modo como expresa la derrota sobre el mal: Dios lo ha vencido en su Hijo, mediante la inhabitación pasiva del mal, desde su raíz y con todas sus consecuencias, sufridas y transformadas por el Amor.

El anuncio cristiano supone una buena noticia respecto al anhelo de plenitud de vida, ya que ve en ella un signo de su verdadera vocación, que ahora se pone a su alcance gracias a la acción salvadora de Dios en Cristo. Sin ello, las ansias de vida plena serían una punzante fuente de mayor sufrimiento: pareceríamos criaturas condenadas a soportar sus ansias incolmables, seres sometidos a una insatisfacción permanente e irremediable. La salvación responde a estas ansias humanas, pero no se reduce a ellas: se ofrece de modo excedente, proponiendo más de lo esperable, la transformación del hombre en hijo de Dios, haciéndolo partícipe de la naturaleza divina (Cfr. 2Pt 1,4) en una palabra, la divinización. Además de ser sobreabundante, también se nos presentó de modo imprevisible, es más, incluso escandaloso, visto el camino elegido para llevarlo a cabo: la participación en la Cruz del Hijo de Dios.

⁵³ Esto no significa, al menos según san Ireneo de Lyon, que todo fuera *perfecto*, es decir, *ya acabado*: aún en ausencia del pecado, el hombre aún debía perfeccionarse hacia su meta más alta, la divinización, cfr. IRENEO DE LYON, *Adversus Haereses*, IV, 38.1.

En definitiva, el anuncio de la salvación es *buena noticia* cuando se la presenta tal cual es, sin reduccionismos:⁵⁴ como transformación real del mundo y del hombre, desde la indigencia hacia su plenitud de vida. Esta salvación ya ha sido consumada en Cristo; en particular, el Misterio Pascual constituye precisamente el paso (*pascua*), en Cristo, de la muerte a la glorificación en la Trinidad Eterna, a la que estamos destinados. *Todo* está llamado a participar de esta misma Pascua. Mientras tanto, ya aquí, el cristiano experimenta, a través de la Cruz y no sin ella, muchos de los beneficios de la acción salvífica. Así, puede pregonar creíblemente la salvación llevando en sí mismo –en su historia, en su vida ordinaria y en sus relaciones– las huellas de su potencia transformadora; esto es, manifestándose, al menos en parte, *ya* salvado por Cristo. Al reconocer la salvación presente y pasada, camina con segura esperanza hacia el *paso* salvífico definitivo, cuando «Dios sea todo en todas las cosas» (1Cor 15,28).

⁵⁴ Cfr. CDF, *Placuit Deo*, n. 11.